

ADVERTENCIA

He comenzado á escribir estos artículos para que, según hubiera posibilidad, fueran vistos en las públis en la sección de remitidos del Mexicano, pero como siempre tiene este periódico abundante material de asuntos de actualidad, más propio que mis artículos para el cuerpo de la obra, he publicado estos á largos intervalos, y por tal motivo perderían el poco interés que pueden presentar. En tal virtud, los señores redactores han tenido la bondad, que las agencias de este periódico de cedarme el lugar que necesito del folio de su acreditado diario, para que en él se publiquen. De esta manera, aunque no escritos mis artículos en la forma conveniente de una obra regular, podrán colocarse en un volumen, lo que será, en todos casos, mejor que haberlos de ellos una publicación que sea irregular, y que sea por las circunstancias antedichas, no constituya á este diario.

F

ARTICULO PRIMERO.

ACCION DEL PUERTO DE CARRETAS.

Se siente positivamente, que un escritor del mérito de D. Juan de Dios Arias, no haya recogido mejores datos para la "Reseña histórica de la formación y operaciones del cuerpo de ejército del Norte, durante la intervencion francesa, sitio de Querétaro, etc," que publicó en esta capital en 1868, para que nos hubiera dado una obra, no solamente de amena y entretenida lectura por la belleza de estilo y fuerza de raciocinio con que su talento y erudicion han podido engalanarla, sino de útil y provechosa enseñanza por la verdad histórica de los acontecimientos que su narracion abarca. Pertencí al ejército constitucional del tiempo de la guerra de la Reforma; fuí compañero de armas de tres generales ya muertos, que sellaron con

su sangre su adhesión á los principios que defendíamos, y jefe de un cuerpo de guardia nacional, á quien cupo la dicha de cubrirse de gloria en una función de armas de la guerra de aquella época. Esto me constituye en el deber, mas que á otro alguno, de presentarme á deshacer varias equivocaciones en que ha incurrido el Sr. Arias, que si no rectificara, podrian ceder en descrédito del buen nombre de aquel benemérito ejército, lastimar la memoria de tres valientes caudillos de la Reforma, y borrar una página brillante de la historia de un cuerpo que tuvo la honra de mandar.

No son del tiempo de la guerra de intervencion los acontecimientos de que me voy á ocupar; pertenecen á la época de la guerra de la Reforma. El Sr. Arias los ha traído á colación para formar el rasgo biográfico del general D. Mariano Escobedo, que nos ha dado en su obra citada. ¡Ojalá hubiera tomado apuntes de mejores fuentes! Habria hallado entónces, que estos sucesos, tales como han pasado, se relacionan tambien con la vida de este ameritado general, y de ellos, algunos dan tanto ó mas realce á su nombre, que de la manera inexacta en que nos los ha referido, y habria podido igualmente hacer de él un justo y bien merecido elogio por la parte que tuvo en dichos sucesos, sin dar márgen á las consecuencias que dejo apuntadas.

Haciendo la biografía de dicho general, despues de referir el combate que aceptó en la hacienda de Solís al general enemigo D. Valentin Cruz, á quien no obstante la superioridad numérica de sus

tropas venció aquel completamente, haciendo prisionero al jefe enemigo y ciento y tantos hombres mas, aunque recibiendo él en el combate un golpe contuso que de pronto lo inutilizó y lo hizo permanecer en Matehuala curándose, entra el Sr. Arias á referir el participio que el general Escobedo tomó en la acción del Puerto de Carretas, lo cual verifica á la página 132 de su Revista, en los términos siguientes: "Restablecido al fin, marchó á incorporarse á las fuerzas de Nuevo-León á Moctezuma, en cuya ciudad se hallaba el general Zuazúa, que á pocos dias se puso en campaña, y libró una batalla en la hacienda de Carretas, á la cual asistió Escobedo, cubriendo con su regimiento la derecha de la línea."

Ante todo, permítaseme hacer notar, que el historiador, cuando habla de funciones de armas del primer ejército del Norte, hace mencion solamente de las fuerzas de Nuevo-León, olvidándose de las de Coahuila que tambien concurren á todas. Estos dos Estados se habian unido bajo una sola administracion desde la guerra de Ayutla; despues fueron erigidos en uno por la Constitucion de 1857, bajo la denominacion compuesta de Estado de Nuevo-León y Coahuila, y así permanecieron, hasta que reformado el artículo respectivo del Código fundamental, han vuelto á separarse y cada uno á su primitiva independencia. Esto, que para otros no tendria importancia alguna, sí la tiene para mí, que, hijo de Coahuila, no debo dejar pasar desapercibida una omision que lo pudiera hacer aparecer como sin participacion en las glorias

de la guerra de la Reforma, que en alianza fraternal conquistaron los dos pueblos.

En la funcion de armas de Carretas, acaecida el 17 de Abril de 1858, cubrió el ala derecha de la línea de batalla el regimiento de rifleros de Monclova, de que era yo coronel, y al cual no habia ingresado todavía el teniente coronel Escobedo. Atacada mi línea, rechazado y derrotado el enemigo, me ocupaba de reunir á mis soldados, que se habian desparramado y alejádose mucho en su persecucion, para ponerme en actitud de defensa, al ver que se desprendian del campo contrario nuevas columnas de ataque. Se lanzaron estas sobre nuestra ala izquierda, que las resistió bizarramente. El coronel Aramberri, que mandaba el centro de nuestra línea, al formalizarse el ataque sobre nuestra ala izquierda, mandó avanzar fuerzas hasta la altura de las contrarias, y que dando frente hácia estas, les rompieran el fuego. El enemigo, frustrado su intento por la vigorosa resistencia que se le opuso, y cogido á dos fuegos, de frente por el ala izquierda y de flanco por las que se desprendieron del centro, desistió de su empresa, y tratando ya solamente de salir de la difícil posición en que se habia colocado, se replegó hasta ponerse fuera del alcance de nuestros tiros.

Repuesta nuestra línea de batalla despues de los acontecimientos que quedan referidos, la recorria el coronel Zuazúa, jefe de todas las fuerzas, y llegando adonde yo estaba, observamos que el ala izquierda desfilaba en retirada: corrió á ver lo que pasaba, y nos quedamos con nuestras fuerzas en

nuestras respectivas posiciones, el coronel Aramberri y yo, esperando con ansiedad el desenlace de aquel inexplicable movimiento; pero las fuerzas que se retiraron no volvian, y presto dejamos de pensar en ellas, porque otros acontecimientos ocuparon enteramente nuestra atencion.

El enemigo volvió á la carga, y durante cuatro ó cinco horas batalló con una obstinacion que solo se explica por el ódio que el ejército permanente abrigaba, mas que contra cualesquiera otras fuerzas liberales, contra las de la frontera del Norte; porque quisiera vengar la humillacion que le acabábamos de hacer pasar rechazándole dos veces, ó porque viéndonos disminuidos, nos creyera fácil presa; pues aunque no sin pérdida de algunos hombres, que en todos casos hubiera sido respectivamente igual por ambos lados, pudo haber seguido la marcha que traia, forzando el paso del Puerto, desde que separadas del campo de la accion la mayor parte de nuestras fuerzas, ya no nos era posible impedirselo, lo cual habia sido el objeto de nuestro movimiento.

Se decidió al fin á dar este paso, perdida acaso la esperanza de hacernos sucumbir, y convencido de que en el combate personal á que la accion habia venido á quedar reducida, llevábamos ventajas que sobrepasaban á la superioridad numérica con que él contaba. Eran estas ventajas lo escabroso del terreno que ocupábamos, que dificultaba el ataque en masas y el efecto de su artillería; la mejor calidad de nuestra gente, voluntaria contra forzados, y sus conocimientos superiores en

aquella clase de guerra, como la que siempre ha hecho á los bárbaros y en la que está de consiguiente mas ejercitada. Al efecto recojió el enemigo sus fuerzas; aunque con algun desconcierto y precipitacion, formó en batalla cubriendo el camino del puerto; hizo desfilir por su retaguardia todos sus trenes, y al último las fuerzas protegiendo el movimiento. El Coronel Aramberri lo persiguió tiroteándolo por cosa de una milla ó poco mas: yo me quedé cubriendo el campo de la accion, que el enemigo habia dejado regado de armamento y cadáveres, sin levantar de él ni á sus heridos; y cuando volvió aquel gefe cerciorado de que el enemigo se habia retirado definitivamente, lo hicimos los dos con los prisioneros y con los heridos de ambas partes, para volver despues á acabar de levantar el campo, porque la sed nos atormentaba horriblemente. Estábamos desvelados de toda la noche, para venir al campo de la accion, y casi todo el dia habiamos batallado al sol y sin mas que uno que otro cántaro de agua, insuficientes para toda la gente, que espontáneamente solian llevarnos algunos campesinos de las cercanías.

Fuimos á dormir al rancho de Bocas, distante cosa de tres leguas. Allí vino el Coronel Zuazúa, de la hacienda del mismo nombre, adonde habia hecho alto con las fuerzas que se habian retirado. Entónces, referidas por él mismo, supimos las causas de esta retirada. Instruyendo al mayor general de la division, de cómo habia de hacerse el movimiento y presentarse la batalla, este gefe le

hizo la reflexion de que era muy expuesta la empresa que íbamos á acometer, por nuestra inferioridad al enemigo en número y armamento;—Venía fuerte de cuatro mil hombres y doce piezas de batalla, miéntras que nosotros no pasábamos de mil quinientos, sin una pieza de artillería,—pero desvaneció sus temores el coronel en gefe manifestándole que el terreno escojido para la batalla, estaba bien estudiado y nos era favorable; que el enemigo iba á sufrir una sorpresa que debia desconcertarle y desmoralizarlo, y todo esto contribuir á su derrota, no obstante su superioridad material; que en todo evento podiamos retirarnos sin peligro, ganando mucho, aun en este caso, contra la moral del enemigo, para lo cual iriamos todos bien montados y sin embarazos de ninguna clase; disponiéndose al efecto, como se hizo, que dejáramos en el cuartel general todos los enfermos, los peores caballos; que montáramos á los soldados que estuvieran á pié en los sobrantes de los gefes y oficiales, para que no fuera ni un soldado mal montado ni un caballo suelto, y que dejáramos, en fin, nuestros equipajes y hasta las mochilas ó maletas de la tropa.

Desgraciadamente el mayor general no conocia á fondo el espíritu de los hombres de la frontera ni la táctica de la guerra del desierto, que en aquella ocasion nos brindaba con todas las ventajas para un triunfo mas espléndido que el que se obtuvo; pues era la primera vez que mandaba fuerzas de la frontera. Le pareció que se habia hecho mucho rechazando dos veces al enemigo,

causándole pérdidas considerables de muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y que no debía exponerse tanto bien conseguido, á la prolongacion de un combate que no podia dejar de considerar temerario de nuestra parte: creyó llegado al caso de la retirada, segun el espíritu mismo de las instrucciones del coronel en gefe, y de su responsabilidad, diferirla hasta consultar con él, no dándole tiempo la distancia á que se hallaba y lo apremiante de la situacion; y se resolvió á retirarse con las fuerzas que estaban á su alcance, esperando que todas seguirian el movimiento, y que este se le aprobaria, justificado por las consideraciones expuestas.

Supimos, tambien del coronel en gefe, que cuando se dirigió á las fuerzas que se retiraron, lo hizo con intencion de volverlas á sus posiciones; pero que despues le pareció peligroso hacerles ejecutar un cambio brusco de movimiento en aquellas circunstancias, y preferible seguir el que llevaban para no exponer lo ganado, esperando tambien que nosotros haríamos otro tanto. Pero el Coronel Aramberri era de un temple muy subido de valor y de pundonor, para abandonar su posicion sin una órden terminante; y tampoco podia hacerlo yo, miéntras él no lo ejecutara, porque la colocacion de mis fuerzas, tanto en la línea de batalla como en la organizacion de la division, era despues de las del coronel Aramberri, y en el órden en que se efectuó el movimiento, era necesario que él lo hubiera seguido para hacerlo yo á mi vez.

A riesgo de parecer difuso, he referido la retirada del campo de la accion de una parte de nuestras fuerzas, dando á conoocer en sus causas y pormenores este movimiento, para que no pueda interpretarse, por falta de datos, contra el buen nombre de dichas fuerzas ó de alguno de sus gefes. Así creo haber consignado la verdad en la historia sin lastimar á nadie, y dando á cada uno lo que le pertenece. Para concluir este artículo, inserto á continuacion el parte oficial de la accion.

“Secretaría del gobierno del Estado libre y soberano de Nuevo-Leon.—Seccion 3^a.—Seccion de vanguardia del ejército del Norte.—Coronel en gefe.—Excmo. Señor.—El dia 16 del actual abandonaron las fuerzas del enemigo, que al mando del faccioso Miramon venian de Zacatecas, la direccion que traian hácia los puntos ocupados por la seccion de mi mando desde la ciudad del Venado á Guanamé, y cambiaron el rumbo para la hacienda de la Parada. Tuve de esto noticia en dicha ciudad como á las cinco de la tarde, é inmediatamente me puse en marcha para la villa de la Hedionda, de donde me moví á las ocho de la noche de ese mismo dia con mil cien rifles de caballería de mi seccion, y forzando la marcha llegué á colocarme á las siete de la mañana del dia 17 en el Puerto de Carretas, como á media legua al frente del enemigo, que ya se dirigia de la Parada á San Luis Potosí, venciendo en mi marcha una distancia de veinticinco leguas. Allí fuí atacado por el enemigo en número como de cuatro mil hombres de las tres armas con doce

piezas de artillería de grueso calibre; pero fué rechazado valerosamente en todos los encuentros por los denodados rifleros y trescientos cincuenta infantes de las fuerzas de guardia nacional de San Luis Potosí, con que en los momentos mas críticos de la accion se nos incorporó el Sr. Coronel D. Martin Zayas.—Al emprender este movimiento, no tuve otra mira que la de hostilizar al enemigo ó dispersarle algunas fuerzas, á ver si se le desmoralizaba con los golpes audaces del ejército del Norte, que no conocen en su infeliz táctica estos menguados militares; y sí bien estaba seguro del buen exito del movimiento, no me proponia ciertamente el resultado tan grandioso que se obtuvo, pues de la brillante division que hacia el orgullo del enemigo, y con la que soñaba imponer á los valientes hijos de la frontera, solo quedaron en siete horas de combate los miserables restos de cuatrocientos hombres de caballería y doscientos infantes con que apénas pudo salvar su artillería, merced á lo cansado que se hallaban nuestros soldados desvelados toda la noche y devorados por la sed. El enemigo dejó el campo regado de armas, cadáveres y heridos, diseminada su fuerza por todas direcciones, y sin armas, porque los soldados las tiraban en la fuga, y en nuestro poder doscientos y tantos prisioneros, entre los que se hallan un capitan y un alfez, y las dos bande-

1 Despues resultaron un comandante, otros tres capitanes y un teniente que se habian confundido entre la tropa prisionera temerosos de que se les pasara por las armas al saber sus clases.

ras, una del tercero de línea y otra que tiene dos GG. bordadas, que la seccion de mi mando tiene la grata satisfaccion de presentar por el digno conducto de V. E. al heróico Estado á que tiene la honra de pertenecer. De nuestra parte tenemos que lamentar la muerte de siete de nuestros compañeros de la clase de tropa, la del valiente teniente D. Mateo Ramirez del escuadron de Lampazos y veintidos heridos, algunos de gravedad.—Entre los prisioneros se encuentran veintinueve heridos que he mandado curar en union de los nuestros á la hacienda de Bocas. Nuestros muertos se sepultaron ántes de levantar el campo de la accion, y al mismo tiempo se dió allí sepultura á doscientos y tantos del enemigo, quedando al cuidado del encargado del rancho de Bocas los muchos mas que están tirados.—Despues daré á V. E. detalles mas circunstanciados de esta gloriosa jornada, en que á porfía se distinguieron todos los ciudadanos que componen la seccion que me honro de mandar; pero no puedo dejar de hacer ahora una mencion especial del Sr. Coronel del segundo regimiento D. José Silvestre Aramberri, porque sus servicios en esta vez han sido de los de mas mérito entre todos los individuos de la seccion, y el Sr. Coronel del 3º Licenciado D. Miguel Blanco, que con el regimiento de su mando defendió bizarramente el flanco derecho de mi campo, arrollando al enemigo, que en número como de 800 hombres se les echó encima con la mayor obstinacion, y persiguiéndolo hasta ponerlo en completa dispersion.—Ofrezco á V. E.

las seguridades á mi respeto y atenta consideracion.—Dios y Libertad. Bocas, Abril 18 de 1858.
—*Juan Zuazúa*.—Excmo. Sr. general en jefe del ejército del Norte.—Monterey.—Es copia que certifico.—Monterey, Marzo 24 de 1871.—Por ausencia del ciudadano secretario.—*F. Villalon*, oficial mayor.

ARTICULO II.

ACCION DE SANTA ANITA.—ACUSACION DEL GENERAL NÚÑEZ.

Acerca de estos sucesos, dice el Sr. Arias, á la página 133 de su "Reseña histórica," lo siguiente:

"Derrotado Miramon, Escobedo, al mando del pundonoroso y malogrado general José Silverio Núñez, contramarchó con la division rumbo á Guadalajara, yendo á la vanguardia; pero al llegar á Santa Anita, recibió aviso de que Casanova se movia con mas de dos mil hombres de las tres armas, y trasmitió el aviso á Núñez, que le impuso la consigna de permanecer allí tal cual estaba con su fuerza.

"Al dia siguiente, muy de mañana, recibió noticia de que un escuadron avanzado habia quedado envuelto por el enemigo; tambien comunicó á